

La amargura de las almendras

Mario Geraldo Quirino¹

Por las tardes, la escuela era nuestro patio de juegos, era la ventaja de ser hijos de maestros, Los niños del rancho venían a jugar. En verano, la cancha se llenaba de almendras verdes que, después de tanto pasar sobre ellas, comenzaban a abrirse. Las semillas de almendra son dulces cuando están tiernas, pero al secarse adquieren un sabor amargo. Con la memoria pasa algo similar: las vivencias se van amargando.

Durante mis primeros años en la Huasteca no recuerdo haberme quejado del calor. Tal vez lo mantenía como un telón de fondo, como la temperatura constante de aquella época.

A quien sí recuerdo es al Cuál, nuestra primera mascota. Un perrillo blanco, amarillo de su hocico y patas, que era de los vecinos, vagaba por todo el rancho, era juguetón y siempre mendigaba comida. Pero se quedaba más tiempo con nosotros. No lo tratábamos de manera especial, a veces mi mamá le daba los desperdicios del día, en ocasiones jugábamos con él, otras tardes simplemente nos acompañaba, echado bajo el almendro. Eso fue suficiente para que nos pagara con una lealtad incondicional.

Cada fin de semana viajábamos a la capital. Durante esos días en los que no estábamos, el Cuál regresaba a casa de su dueño, junto a su madre, una perra criolla de tono más amarillo. Pero cada domingo por la noche, al llegar, él salía de entre los plátanos del pórtico, moviendo la cola y saltando de un lado a otro. Nos alegraba después de un viaje pesado de cinco horas.

El Cuál era libre, y en esa libertad nos eligió para protegernos. Por las noches, dormía en la puerta de la casa. Por eso, aquella vez que no llegó, me sorprendió bastante.

¹ Maestro en Educación. Institución a la que pertenece: USAER 22, Zona 02, Nivel Educacion Especial, SEGE.
Correo: tutormglq@gmail.com

—El Cuál no está —dije.

—Es que se murió su mamá, la perra viejita del señor de la tienda. Ya estaba bien malita —respondió mi papá.

Se escuchó un aullido hondo, que se interrumpía con un silencio seco. Luego, de nuevo, el aullido, que parecía no terminar nunca, atrapándonos a todos.

—¿Oyes? El perro está allá arriba, donde queman la basura —agregó mi papá sin dejar de ver la tele.

Fui a buscarlo. Subí al lado de la cerca hasta la parte alta del terreno, ahí en su patio, vi al vecino quemando basura y echándole cal al cuerpo tieso de la perrita, la mama del Cuál. Él seguía aullando. No quise acercarme más; no sabía cómo consolarlo.

Yo no entendía. ¿Los perros sienten tristeza? ¿Cómo supo que era su mamá? ¿Sabría que ya no la vería otra vez? Y ¿cómo se murió su mamá, si las mamás duran para siempre?

El Cuál anduvo raro varios días, aislado, echado sobre sus patas o con la cabeza de lado. No hacía caso, comía poco. Después de una semana, empezó a recuperarse; volvió a ser casi el mismo, aunque su mirada cambió por completo. Era como si un resentimiento hubiera opacado el brillo original.

Sucede muchas veces que vives experiencias por última vez sin darte cuenta. Así fue esa semana en el rancho: recorrimos en bicicleta todas las veredas, el Cuál nos seguía; dimos varias vueltas a la escuela, pasamos por detrás de los salones, atravesamos la cancha y terminamos en el almendro. Me despedí como siempre de mis amigos, pensando que los vería el lunes.

Por la tarde del viernes viajamos en autobús durante horas, a ratos cantamos, buscamos formas en las nubes. Mi papá señaló unos zopilotes volando en círculo y yo imaginé el cadáver de algún animal en tierra.

Después de eso, ya no regresamos. Nos quedamos definitivamente en la capital. A mis padres los trasladaron a una escuela de esta ciudad. Sólo mi papá fué por nuestras cosas.

Del perro nunca nos despedimos. Supongo que para él morimos,

como su madre. Tal vez se quedó dormido entre los plátanos hasta que el domingo se perdió en la noche. ¿Habrá aullado por nosotros? ¿Se habrá sentido olvidado, vacío? ¿Su mirada perdería aún más brillo y se tornaría gris?

A veces pienso que eso lo condenó a la muerte, hasta que se lo comieron las hormigas. O quizá simplemente siguió su andar por el rancho, donde era invisible y podría recibir una caricia o una patada, según su suerte.

Desde entonces, no he vuelto a probar almendras tiernas. Y ahora, el calor de aquel lugar me parece insopportable. Aunque pese a estos años, tampoco he podido acostumbrarme al frío de la ciudad. Creo que no importa cuántas veces regresemos ni cuántos perros adoptemos: la oportunidad de ser buenas personas se la llevó el Cuál, amarrada en el pescuezo. Y sabrá Dios dónde terminó sus días.